

MARIA EUGENIA VIRLA
HONORIA ZELAYA DE NADER

COLOR DE CIRUELA

CUENTOS Y POEMAS
PARA LOS CHICOS DE TUCUMAN



UNIVERSIDAD NACIONAL DE TUCUMAN
DEPARTAMENTO DE EXTENSION UNIVERSITARIA
CENTRO DE INFORMACION E INVESTIGACION
EN LITERATURA INFANTO - JUVENIL (C.I.I.L.I.J.)

EL SUSTO

Desde ese día comencé a mirar a mi madre con otros ojos.

También, a menudo, me miraba al espejo.

Era verdad, era moreno. Mi hermano en cambio era rubio y tenía los ojos azules.

-Ya verás cuando vengan los gitanos- me decía.

Y todas las noches yo rezaba para que no vinieran.

Sí. Miraba a mi madre con angustia. Porque esa era la madre que a mi me gustaba y sabía que no podía vivir sin ella. Por eso tenía miedo que lo que decía mi hermano fuera verdad.

Rondaba alrededor de ella en silencio y la miraba largamente como si esperase que de pronto fuera a desaparecer en el aire reemplazada por otra madre morena, por una gitana de una gran pollera de colores, con aros, prendedores, dijes, zarcillos de cobre y abalorios baratos.

De noche, cuando nos apagaban la luz, me quedaba con los ojos abiertos, pensando. Sentía que mi hermano me vigilaba y a veces me pareció que se reía.

Constantemente me vigilaba, y varias veces me sorprendió en los instantes que hacía cariños de lejos a aquella que hasta hace poco había querido con inocencia.

Y ella no se daba cuenta de mi angustia y circulaba, como siempre, entre las cosas envueltas por mi acongojada ternura.

Esa mañana no pude más y corrí a refugiarme en su regazo gritando:

-No... No quiero que me lleven... No me importa.

Ella dejó de conversar con la gitana vieja que cerraba el ojo izquierdo para defenderse del humo de un cigarrillo que hacía bailar a un costado de la boca.

Ella me separó con fuerza pero con cariño y me preguntó entre sonriente y sorprendida:

-¿Qué dices?

-Que no quiero irme con ella- dije ahogado por los sollozos y aferrándome a su gran batón floreado.

Y cuando me apretó contra su regazo sentí como si me hundiera en un pozo dulce y profundo.

Al despertarme, lo primero que vi fue la cara angustiada de mi hermano y la mano de ella. En la habitación había un fuerte olor a Agua de Colonia.

-¿Cuándo me llevan? -pregunté con un hilo de voz.

-Nunca- me respondió muy bajito. Entonces me di cuenta que ella tenía los ojos enrojecidos.

Mi hermano en cambio ponía cara de penitencia.

-Me han dejado sin postre por dos meses -balbuceó entre falsos "pucheros".

Me senté en la cama.

-¡Entonces no es cierto! - grité.

Mi madre me abrazó con fuerza y comenzó como a acunarme.

La pobre gitana vino a venderme una paila de cobre -sentí que me decía.

Pero yo no podía hacer nada más que abrazarla, reír convulsivamente y sollozar.

De pronto por sobre el hombro de mi madre, miré a mi hermano. Me hizo un guiño. Nunca pude saber si era de complicidad o de cruel sabiduría.

Julio Ardiles Gray